

La puerta inclinada

El profesor pasó a recoger los exámenes. Iba acercándose, mesa tras mesa... El estudiante estuvo tentado de escribir algo más y presentar toda la batalla que pudiera en ese típico juego del tira y afloja; sin embargo, no había ninguna milagrosa última línea que pudiera salvarle de suspender esa asignatura. No estaba nada seguro de haber hecho nada bien, los números y las fórmulas le bailaban en la frente, ¿habría puesto bien las unidades? la verdad, eso poco importaba ya. Se levantó, entregó el folio, recogió la calculadora y los bolígrafos, se echó la mochila con una sola asa a la espalda y huyó de aquella aula. Oía tras de sí un rumor de voces indistintas que diseccionaban uno a uno, los apartados de los problemas. No quería comentar las respuestas con nadie, no quería ni oír cifras ni saber que puñetero teorema habían utilizado. El mundo se le caía a los pies. Estaba en la novena planta, el ascensor tardaba tanto en llegar que se atrevió a bajar a pie. Descendía los escalones y lo único que conseguía tomar forma en su cerebro eran las ganas irrefrenables de dejar la carrera, ¿cuántas veces había sentido esa sensación vaciadora? ¿cuántas veces más debería sufrirla? Iría más o menos a la altura de la planta siete, y ni se abría fijado, pero levantó la mirada pues había notado algo por rabillo del ojo que no le cuadraba... Había una puerta en la pared, allí donde solo debería haber una aburrida pared lisa, en el tramo de escaleras que descendían. La puerta estaba inclinada, como el tramo de escalones, burlando toda lógica o practicidad. La madera en la que estaba incrustado el pomo era muy vieja y gris. Aferró el dorado asidero empujado por una sed de curiosidad, cual si fuera un niño pequeño, hubo un crujido y un pasillo oscuro se apareció ante él. Intentó meterse dentro del marco, iba a dar un primer paso dentro del túnel. Entonces cayó, como devorado por la oscuridad.

No veía nada. Notaba un frío que le aplastaba la mejilla. Abrió los ojos. Se levantó, un tanto desconcertado y miró alrededor suyo. Estaba en un pasillo del etseib pero algo era extraño. Las formas rectas y geométricas del edificio se habían tornado imposibles combinaciones, como pinceladas de un pintor loco. Había un ambiente mojado que deformaba la realidad como si estuviera dentro de un cuadro de acuarelas. Los colores volaban como gorriones indomables por encima de su cabeza hasta estrellarse contra paredes invisibles; salpicando de azules y naranjas cuanto había alrededor. Él se miró las manos, las piernas, todavía eran normales. Comenzó a caminar por aquel pasillo de ensueño en dirección a lo que deberían ser los ascensores. Mientras lo hacía le daba vueltas la cabeza ¿se había dormido durante el examen y estaba soñando todo eso? Había un hombre junto a uno de los ascensores de los números

impares. Al acercarse más, comprobó que éste era un anciano viejísimo que estaba postrado sobre una silla de ruedas. Se cubría con una especie de túnica grisácea. Gastaba una larga pero cuidada barba aunque los pelos de la frente le eran todavía revoltosos.

—¿Te importa si subimos en ascensor —dijo el viejo—, a mis piernas ya no se les da muy bien caminar?

El chico asintió, la voz del hombre era débil pero aun revestía dignidad, no sin ciertas notas de cansancio. El anciano picó en los botones de tres plantas en total: la tercera, la sexta y la novena.

—¿Por qué has picado en tres plantas, si somos solo 2? —preguntó el chico.

—En la vida, como en la muerte, conviene hacer más de una parada.

Los números en la pantallita de la consola se sucedían con una delicada calma. Ninguno de los dos se atrevía a romper el letargo de las palabras. La caja metálica se detuvo, como se había acordado, en la tercera planta. Las puertas se abrieron con solemnidad dejando pasar un remolino atronador de luz blanca que inundó los escasos metros cuadrados del ascensor. El chico se veía inmerso en un desfile de imágenes que le eran muy familiares...

Volvió a tener 18 años, comenzaba la universidad, los nervios por hacer nuevos amigos y tener que afrontar lo desconocido lo carcomían de nuevo. Revivía los primeros encuentros con los que 5 años después seguirían siendo sus amigos. Volvía a escuchar las risas, los zascas, las quejas... Repetía el batacazo infernal que se dio con los primeros parciales; parecía que el mundo fuera a terminarse, que no hubiera nada más. Por suerte también se acordó de cómo más o menos salvó los muebles con los finales. El aire eléctrico empezaba a desaparecer y a llevarse con él aquellas imágenes tan sumamente reales. Notó que se ahogaba, entonces los destellos blancos se fundieron y volvió a las cuatro paredes metálicas del ascensor. Se apoyó en una de las paredes y recriminó con la mirada al hombre de la silla de ruedas.

—¿Qué coño ha sido eso, viejo? ¡Qué ha sido eso!

El anciano lo miró con parsimonia y reflexionó lo que iba a responderle.

—Lo que acabas de ver, eras tú. Lo que fuiste, lo que sentiste. Algunos de tus primeros errores y de tus primeros logros.

—Pero qué... cómo...

—Falta poco para la siguiente planta, prepárate.

—¿La siguiente?

La pantalla marcaba la quinta y los ojos del protagonista se llenaron de terror, suplicando una pausa; sin embargo las puertas de hierro no mostraron compasión y procedieron a abrirse. Intentó zafarse de la luz y correr hacia el más allá de aquella blancura pero el viento de imágenes volvió a atraparlo.

Lo embargaba una sensación de quietud, estaba suspendido sobre la nada con un sabor amargo que no lograba quitarse de la lengua. Rememoraba los días indistintos en clase, incómodo en los asientos de madera y metal de las aulas, disimulando con su cara de póker ante las pizarras desbordantes de fórmulas. También pasó a través de las clases online de la pandemia y de aquella angustiante sensación de hermetismo que sacudía el mundo. El mundo volvió a las calles. Saboreaba los buenos momentos con su pareja de entonces... Y por último, antes de salir de la visión; su primerísima experiencia con la muerte: tuvo que volver a pasar por el fallecimiento de su abuelo: su apagada voz en la cama del hospital, el velatorio frenético y el entierro silencioso.

Cuando volvió al refugio elevador tenía los ojos llorosos. Las lágrimas se le secaban en las mejillas enrojecidas. Lo que había sentido era tan real. Podía apretar con su mano la arrugada piel de su abuelo, oír su voz, volver a hablar con él. Todavía no se había repuesto del todo del trance y no conseguía verbalizar lo que acababa de pasar. El viejo de la silla de ruedas le hablaba con unos ojos marinos y profundos. El chico se sentó y apoyó su espalda sobre una de las cuatro frías paredes de metal y se quedó mirando el suelo, como ido. La pantalla marcaba el número nueve.

—Hemos llegado —anunció el viejo barbudo.

El muchacho no le escuchaba, seguía paralizado. El ancianísimo se levantó de la silla, trabajosamente. Y se plantó delante de él.

—En esta última parte del camino, te acompañaré, si no te importa; venga ven, levanta.

Cogido del brazo de aquella extraña persona, en aquella extraña universidad paralela el chico salió a la extraña planta nueve.

—Sentémonos en ese banco, no puedo mantenerme mucho rato de pie je, je.

Los dos tomaron asiento. Unas figuras transparentes, casi fantasmales, empezaron a desfilar ante ellos. Eran el propio chico. Yendo de un lado a otro: a reclamar las revisiones de los exámenes finales y las revaluaciones; saliendo de los despachos incapaz de conseguir ni una décima más. Teniendo buenas rachas y aprobando varias asignaturas. Estudiando hasta los primeros días de julio para las reavas (realmente nunca había aprobado una). También vio el

momento en que lo dejó con su pareja y como el mundo no paraba de moverse y él solo quería quedarse ahí sentado, inmóvil. La carrera parecía estar cerca de acabar, las prácticas curriculares ya empezaban y se declaraba un nuevo horizonte más allá del edificio H. Repentinamente ansiaba la seguridad que había nacido de aquellas paredes antiguas y sobre todo de la de los estudiantes que habían sufrido las mismas penas que él allí.

—Todo tiene un final... —pronunció descorazonadoramente el chico.

—Bueno, en realidad —intervino el anciano—, es más bien un: *continuará*. Un continuo *continuará*... Creo que ya es hora de que me vaya, estas no son horas de andar por ahí para un viejo como yo.

El joven pestañeó y de súbito el hombre de la barba ya no estaba. El pasillo volvía a llenarse de gente que salía del examen. Él, tenía la mochila a su lado, y la calculadora hp todavía en la mano. La universidad volvía a tener su apariencia normal, todo seguía como siempre. Bueno casi todo, sería más correcto decir. Se levantó de golpe, guardó lo más presto que pudo sus cosas dentro de la mochila y se lanzó escaleras abajo; en busca de aquella puerta inclinada. Saltaba los escalones de dos en dos, de tres en tres. Sin embargo, no había rastro de la puerta. Escudriñaba con sus ojos aquellas paredes lisas, pero no había nada anormal allí. Subió y bajó las nueve plantas, tres o cuatro veces; incluso subió hasta arriba del todo solo por si acaso, pero no encontró nada. Le recorrió la cabeza la idea de que todo lo que había vivido era un sueño, nada más. Un sueño fruto de los nervios y el cansancio. “Claro, se decía, he salido del examen y me habré quedado dormido...”, pero él sabía mejor que nadie que no disponía de tanta imaginación como para tener un sueño tan rocambolesco. Fuera como fuese, real o no, no pudo evitar que le embargara una cierta ola de nostalgia futura. Probó de memorizar los rostros de sus compañeros, seguro de que llegaría el día en que todas esas caras se casarían, tendrían hijos y se volverían ancianas y de que las extrañaría, incluso aquellas con las que nunca había mediado palabra. Empezó el camino a casa y en el trayecto, hasta salir de la universidad, se deleitó admirando el cúmulo de imperfecciones que conformaban aquel sitio. El esfuerzo que seguro que había detrás de cada pequeña cosa, se imaginaba cómo debían ser las vidas de todas las gentes que allí trabajaban: las limpiadoras, los recepcionistas, las bibliotecarias, los profesores... todas las historias que pasaban por allí. Y ni que decir tiene los salseos de los alumnos. A la salida se tropezó con un estudiante de erasmus que tenía pinta de estar perdido, lo esquivó como buenamente pudo. Dejó el etseib atrás y bajó hasta la parada de metro de Palau Reial.